

les rendía), estando él en oración a Dios vio rasgarse los cielos e inundarse la habitación de celestes resplandores. Era la Santísima Virgen, la Soberana Emperatriz del Cielo, que se le aparecía llevando al Niño Jesús en sus maternales brazos. Estanislao quedó como asombrado; pero la Virgen con una sonrisa de Madre que vela amorosa por su hijito, se le acercó al lecho



donde estaba el enfermo y le dejó en sus débiles brazos a Jesús. ¿Puede alguien imaginarse la gran alegría de aquel angelical muchacho al poder acariciar con sus manos al Divino Niño y hablarle con el lenguaje del alma? Jesús abrazaba y acariciaba a su amiguito Estanislao, y Estanislao le correspondía abrazando y acariciando a su dulce Jesús. Y la Madre, gustosísima y embelesada, contemplaba aquella escena tiernísima.

Después de un rato, dando la Celestial Señora por terminada la entrevista y recogiendo de manos de Estanislao al Divino Niño, se despidió de él, diciéndole: «Mira, hijo mío; ya estás completamente curado. Acuérdate ahora que nuestra voluntad es que entres cuanto antes en la Compañía de mi Hijo Jesús».

SU PLAN : ESCAPAR DE VIENA

A la mañana siguiente, cuando su ayo entró en la habitación de Estanislao, halló a los criados completamente dormidos, y al joven despierto y decidido a levantarse para irse a la iglesia a dar gracias a Dios. Opúsose el ayo hasta que vinieran los médicos, y éstos al verlo tan sano y bueno no hallaron explicación natural alguna de tan repentino cambio.

Mas, ahora empezaba el verdadero calvario para Estanislao. Acudió al Padre Provincial de Austria, Padre Maggio, quien le oyó cautelosamente; pero no le aprobó la idea de hacerse religioso jesuita, a menos que contara por delante con el permiso de sus padres. La actitud del Provincial era muy justificada. Por una parte, en la veleidosa Corte del emperador Maximiliano II, la nobleza, muy influyente, podía tomar pretexto del caso del joven Estanislao (oriundo —como dijimos— de rancia nobleza polaca, y cuyo padre era por su poderío y relaciones una primerísima figura en el reino de Polonia) para levantar la cólera colectiva contra los jesuitas; y por otra parte, el haberles confiado el señor del castillo de Rostkow, don Juan de Kostka, su hijo a los jesuitas para que lo educaran en Viena pedía también, en cambio, que los jesuitas devolvieran al seno de aquella noble familia, completamente educado y formado, al joven Estanislao.

Viendo, pues, que si había de acudir a su padre, éste se negaría rotundamente a darle su permiso para hacerse religioso jesuita, lo consultó con el padre Francisco Antonio, portugués, que había recorrido varios países y se hallaba entonces en Viena. Éste, después de madurarlo muchos días y encomendarlo al Señor en la Santa Misa, al fin dio su aprobación al plan atrevido de Estanislao: escapar de Viena, como fugitivo, y andar peregrinando hacia Roma hasta encontrar una casa de la Compañía de Jesús en que quisieran admitirle.

PÚSOLE EN LA BOCA LA SAGRADA HOSTIA

Y así lo hizo: el 10 de agosto de 1567, muy de mañanita, después de entregar sus vestidos a un pobre, salió a pie hacia Ausburgo. No halló aquí al Padre Provincial, que lo era entonces San Pedro Canisio (célebre teólogo y gran catequista); pero los Padres del colegio le hicieron saber que estaba en Dilinga, distante un día de camino. Hiciéronle descansar y al siguiente día le dieron un compañero que le guiase. Partieron temprano, y en esto vieron a lo lejos la torre de una iglesia, con lo cual alegróse mucho Estanislao creyendo que podría oír Misa y comulgar; mas, ¡cuál fue su sorpresa y pena al ver que era una iglesia protestante! Púsose a llorar, viendo que no podría colmar sus ansias de gustar el Pan de los Ángeles. Pero, Jesús le aguardaba para distinguirle con otra fineza de su regalada bondad; y,



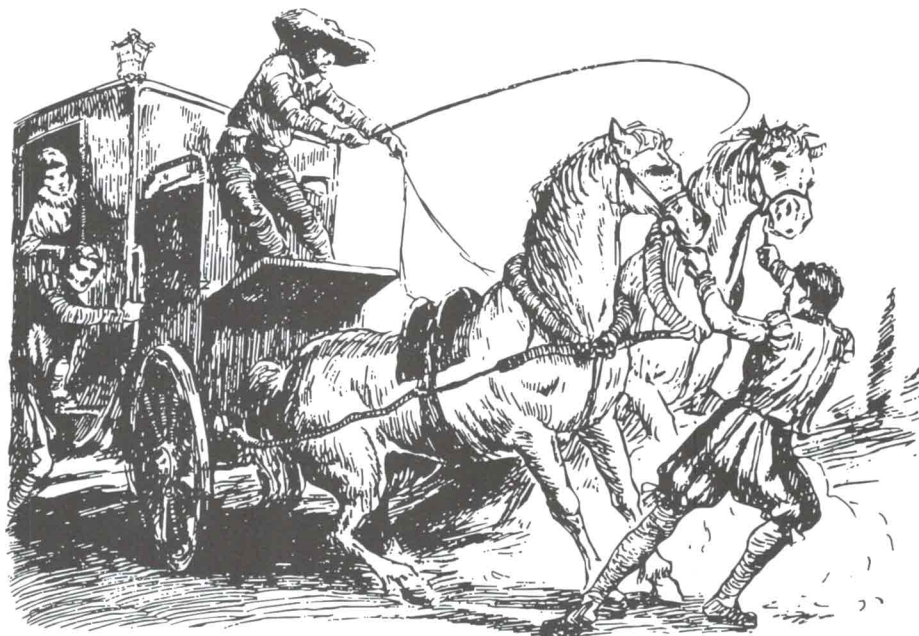
de pronto, con gran admiración de su compañero, se quedó como extasiado y envuelto en una nube de ángeles, uno de los cuales le puso en la boca la Sagrada Hostia, dejando a nuestro santo peregrino inundado en un mar de delicias celestiales.

Dióle esto nuevo ánimo para proseguir su camino, mendigando un mendrugo de pan por los pueblos donde pasaba, y durmiendo a cielo raso cuando no encontraba algún mal albergue

donde refugiarse. No debaja de ser esto heroico en un jovencito delicado, descendiente de nobles, senadores y reyes; pero todo le parecía poco con tal de verse religioso.

LOS CABALLOS SE PARARON DE REPENTE

Mas, he aquí que furiosos su hermano Pablo y su ayo Bilinski, al notar que Estanislao había huido de su compañía, alquilaron un coche de caballos, el cual a todo galope se presentó a la vista de los dos peregrinos; pero, ¡oh milagro del cielo!, por más que el cochero espoleaba a los caballos para que les dieran alcance, los animales se pararon de repente sin po-



der dar un paso, negándose terminantemente a seguir adelante. Al fin se convencieron de que era imposible perseguir al fugitivo Estanislao, regresando seguidamente ellos a Viena par dar cuenta de lo sucedido a su padre en Polonia.

Cuando llegaron a Dilinga, el Provincial alemán —San Pedro Canisio— con gran amor de padre e intuición de santo, aco-

gió al joven candidato; y viéndole cansado y débil de fuerzas, para probar su vocación al mismo tiempo, le tuvo un mes en el Convictorio de San Jerónimo en calidad de *criadito* de los colegiales. ¡El que pertenecía a una de las más poderosas, nobles y ricas familias de Polonia, trocado en *criado de los demás!* Pero, humildísimo como era, desempeñó el nuevo oficio a las mil maravillas, siendo el encanto y edificación de todos por su prontitud, listeza y amabilidad.

Transcurrido un mes, el santo provincial, participando también de la idea del provincial austríaco de que era *difícil y arriesgado admitir contra la voluntad paterna a aquel joven de tan poderosa e importante familia polaca*, por hallarse aún allí demasiado al alcance de las furias del señor de Rostkow, resolvió enviarlo con una carta de recomendación directamente al mismo Padre General de la Compañía de Jesús, que lo era a la sazón nada menos que otro santo, San Francisco de Borja, el cual también había renunciado a la dignidad de virrey de Cataluña y ducado de Gandía para vestir la humilde sotana de jesuita. Al mismo tiempo le manbaba a dos religiosos jesuitas, los cuales acompañarían al joven Estanislao en aquel largo y penoso camino a través de los nevados y escarpados montes alpinos.

POR FIN ¡SU SUEÑO DORADO!

El 25 de octubre de 1567, tras una pesado viaje de 400 leguas, San Francisco de Borja lo recibía y abrazaba paternalmente. «Yo os recibo, hijo mío —le dijo— en la Compañía de Jesús. Dicen que vuestros padres y parientes moverán por esta causa alguna persecución. Confiemos en Dios que Él apaciguará la tormenta. Vos por vuestra parte sed tan santo religioso como habéis sido buen estudiante.»



La reacción del padre, enfurecido, no se hizo mucho de es-

perar. A los cuatro días de ser admitido en el Noviciado de San Andrés, en Roma, llegó una carta amenazadora de don Juan de Kostka. Los Superiores, viendo la vocación firme de Estanislao, no tuvieron inconveniente alguno en dársela a leer. Entristecióse éste al ver la ceguedad y enojo de su padre, y le contestó con amor y firmeza que estaba dispuesto a las prisiones y al tormento por ser bueno y leal a su Dios.

Cuando meses después su padre le envió, no ya cartas sino personas encargadas de arrancar del Noviciado a Estanislao y de conducirlo a Polonia, el venturoso novicio jesuita ya había volado al cielo a recibir la recompensa de sus méritos. ¡Cuán maravillosos son los caminos de Dios! Si se hubieran cumplido los deseos paternos, es muy probable que Estanislao no estaría en los altares, ni que hubieran gozado tampoco los padres mucho tiempo de su hijo, al morir en tan temprana edad.

LAVANDO PLATOS ANTE EL CARDENAL

Al mes del noviciado ya se había conquistado el amor de todos los religiosos de la Casa Profesa. Pasó una temporada en el



Colegio Romano, donde hizo el mes de oficios humildes. Allí tuvo la inesperada visita del Cardenal Comendano, quien habiendo sido antes Nuncio en Polonia conocía personalmente a la familia Kostka. Sorprendieron a Estanislao cuando volvía de lavar platos y vasos en la cocina. «Ahí le tiene Su Eminencia —le dijeron— cubierto de basto delantal y envuelto en esa sotana raída.» Sonrióse el Cardenal y hablóle afectuosamente unos momentos, quedando muy edificado de la humildad de aquel joven novicio.

Su puntual obediencia admiraba a todos y conocían su máxima: «Más vale hacer cosas pequeñas *por obediencia* que obrar milagros *por propia voluntad*». Como la rosa despliega sus pétalos al primer beso del sol de la mañana, así el alma de Estanislao vivía siempre en íntima unión con Dios; y tan intenso era el fuego que le abrasaba, que se inflamaba todo su rostro despidiendo rayos de luz, y era forzoso desabrocharle el pecho y aplicarle paños mojados en agua fría para templar su ardor e impedir que se ahogase. Un día de invierno, al verle un Superior por la huerta, le contestó «Busco respirar un poco; al salir de la oración, mi pecho se abrasa». Y así había de ser, porque como él no ponía medida a Dios en nada, también Nuestro Señor se le entregaba sin medida.



«¡ MADRE, LLÉVAME AL CIELO! »

Pero, la nota distintiva de la vida de Estanislao fue siempre —ya desde su infancia— su acendrado amor a la Santísima Virgen, devoción que en el Noviciado alcanzó su máxima intensidad. Solía repetir muy a menudo, cuando le preguntaban si amaba a María: «¿No la he de amar, si la Madre de Dios es mi

madre?» Siendo él ángel de pureza, no podía por menos de amar a la Reina de las vírgenes y a la Toda Pureza.

Se acercaba el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen. No sabía qué ofrecerle a su querida Reina y Madre. En esto vino a Roma San Pedro Canisio e hizo una plática a todos los jesuitas, a la cual también asistió Estanislao. Sintió él inflamarse su corazón, y pensando en la gran dicha que sería desprenderse de este mundo pidió a la Virgen, por intercesión de San Lorenzo, la gracia de juntarse a ella en su gran fiesta en el cielo. Para ello comulgó con gran fervor el 10 de agosto, fiesta del diácono mártir, llevando sobre su pecho la carta en que le pedía morir el día de la Asunción. A tanto amor, la Virgen accedió; y al atardecer de aquel mismo día cayó enfermo para no levantarse más. Estanislao iba explicando a todos que moriría el día de la Virgen y con la sotana de jesuita, su sueño dorado. Agravándose el día 14, acordaron darle los últimos sacramentos.

El momento de darle el santo Viático fue emocionante para toda la Comunidad. Todos lloraban de fervor y de pena viendo



morirse aquel angelito, pues entendían que era como el ensayo que hacía de sus alas para emprender su vuelo al cielo. Había logrado lo que deseaba: tener en su pecho a su Jesús, único imán de sus amores. Ahora no cesaba de besar una estampita de la Virgen y el santo crucifijo.

Era la mitad de la noche del 14 al 15 de agosto cuando el enfermo estaba tranquilo, con una paz envidiable y sin asomos de próxima agonía, con una sonrisa en los labios, mirando al cielo en suavísimo éxtasis, y apretando sobre el pecho el santo Rosario. De pronto brillan sus ojos con nuevo fulgor, sonrían sus labios y hace señas a los presentes para que reverencien a la Virgen que viene a buscarle, y así se queda dulcemente dormido. ¡El ángel de Polonia había volado al cielo!



IV

Vencedor de los tormentos

(SAN VENANCIO)

Allá por el año 251, mandaba en la ciudad de Camerino (situada en la vertiente de los Apeninos centrales, entre las Umbría y el Piceno) el Prefecto Antíoco; el cual, siendo Emperador Decio, cruel perseguidor de los cristianos, supo que un muchacho de familia muy noble, llamado Venancio y que tenía catorce años, se distinguía por sus creencias cristianas.

Mandóle llamar a su presencia, pintándole con muy vivos colores el risueño horizonte que le aguardaba a su rango y condición: florida juventud, bienestar de una familia emparentada con la imperial como la suya, tan señalada en letras y hechos de armas y apreciada por el César, los cargos honoríficos que le esperaban... Pero, eso sí; siempre que dejara de ser cristiano. ¿Cómo a un muchacho como él, de tan brillante porvenir, se le ocurría pertenecer a esa odiada secta?

Así razonaba el Prefecto Antíoco; pero Venancio no hacía el menor caso de todos sus discursos. Cuando por fin le preguntó si se volvía atrás de su fe, le contestó resueltamente: «¡No! ¡Jamás!»

Entonces, molestado Antíoco, apela a las amenazas. Ante la estatua del dios Júpiter, unos le presentan incienso al muchacho para que lo ofrezca, mientras otros mueven las cadenas y levantan las varas para golpearle. Invitado a quemar incienso ante el ídolo pagano, so pena de ser apaleado y encadenado, responde:

—No. Haz de mí lo que quieras. Escrito está: *Adorarás a un solo Dios y a Él solo servirás*. Este es el precepto del Señor, y estoy decidido a obedecerle.



—Pronto veré hasta dónde llega tu constancia —le replica el Prefecto.

Luego manda que le apaleen ; pero de modo que no muera, para hacerle así padecer más. Pero el jovencito Venancio piensa que Jesús fue azotado como él, y esto le da fuerza para resistir. Pronto su cuerpo queda hecho una llaga, y Venancio tan abatido que el Prefecto ordena que lo lleven a la cárcel para que allí acabe de morir.

SIN LA MENOR SEÑAL DE GOLPES

Pero, al siguiente día, cuando los soldados entraron en el calabozo, lo hallaron de rodillas orando, y rotas las cadenas, sin la menor señal de golpes ni heridas en su Cuerpo. Corren entonces a contárselo al Prefecto, y éste le manda venir a su presencia para decirle :

—Mira de qué modo Júpiter, siempre piadoso y benigno te ha curado milagrosamente ; ahora, pues, quémale incienso.

—Estás equivocado si crees que fue Júpiter quien me ha salvado. No hay más Dios que el Dios de los cristianos, que es el único Dios verdadero.

—Si tal es tu Dios, veamos cómo te salva de otros tormentos —replicó enfurecido Antíoco.

Mandó entonces que con antorchas encendidas fuera abrasado su cuerpo hasta morir ahogado por el humo. Así, lo ejecutan los verdugos con refinada crueldad ; y al cabo de varias horas ya creen dejarle bien asado por el fuego y asfixiado por el humo. Antíoco puede celebrar ya su victoria.

OFICIAL CONVERTIDO Y MÁRTIR

Mas, si antes se había obrado un milagro, ¿por qué no podía obrarse ahora otro? En efecto; un alto oficial de la guardia, llamado Anastasio *el corniculario*, entra en el calabozo para retirar el cadáver, en medio de la densa humareda que le impide casi respirar. ¡Y, oh prodigio, él vio andar sobre la hoguera un ángel de vestidura blanca que impedía el efecto de las llamas y libraba



al joven Venancio de sus cadenas! La luz de la fe iluminó entonces el alma del oficial, y eso le movió a abrazar la fe cristiana y a morir más tarde también como mártir, en defensa de Cristo.

Cuando Antíoco supo que aún vivía Venancio, su sorpresa fue enorme. Nuevos halagos, mezclados de amenazas para hacerle renegar de su fe cristiana. Todo inútil. Entonces manda a los verdugos que le rompan los dientes con piedras, que le aplasten las mandíbulas y que le azoten horriblemente, y luego echen su cuerpo al pudridero hasta que expire allí, vigilándole bien. Mas ¡nuevo milagro del cielo! Los mismos ángeles que habían velado por él, le asisten ahora y sacan aquel cuerpo casi sin vida de aquel lugar infamante, y lo llevan a otro sitio, a corta distancia, donde el santo mártir se repone de su martirio.

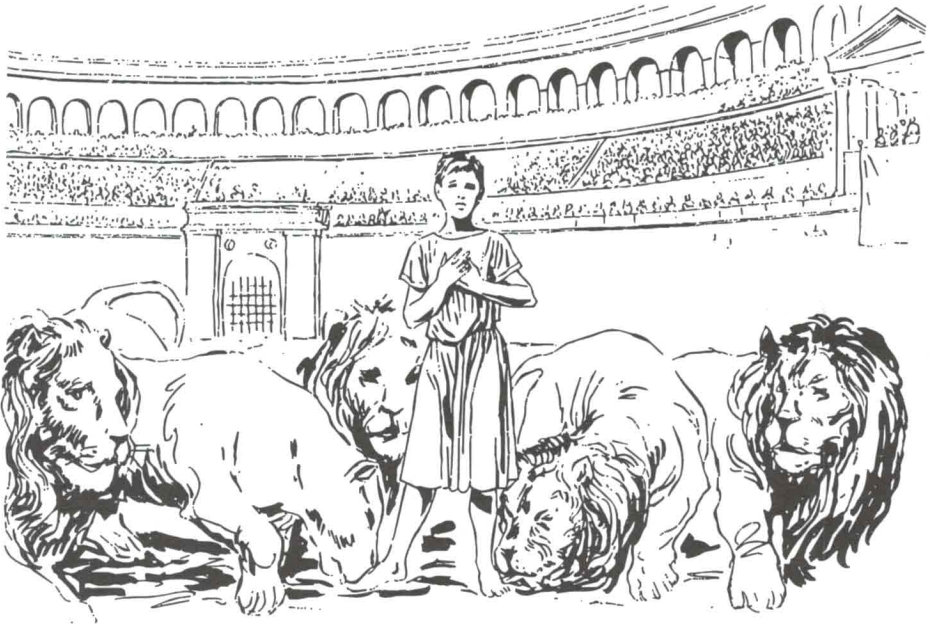
CAE EL JUEZ MUERTO EN EL ACTO

Lejos de ablandarse el corazón del Prefecto, se irrita aún más. Y lo envía a un tribunal para que le formen una causa y le den sentencia. El juez intenta toda clase de medios para convencerle de su error al joven Venancio; pero él sigue intrépido en su fe. Por el contrario, aprovecha aquella ocasión para hacer propaganda cristiana al juez y a cuantos le escuchan, y acusa de falsos y viles a los dioses paganos. Al oír cómo Venancio maldice a los dioses, el juez en un arrebato de furor cae de su silla *muerto en el acto*, exclamando antes:

—Verdaderamente el único Dios es el de Venancio: son *falsos los dioses del Imperio*.

LOS LEONES LAMEN SUS PIES

Corren a avisar a Antíoco de lo sucedido; y ahora manda echar a Venancio a las fieras. Mas, los leones, olvidados del hambre y de su natural ferocidad, comenzaron a lamer los pies del



mártir Venancio con tanta mansedumbre y fiesta, como si fuesen corderitos y no leones. ¡Estupendo milagro!

Entonces, el joven Venancio ante el asombro de la multitud que presenciaba aquella escena, les habló, como solía, de la vanidad de los dioses, de la verdad de la Fe cristiana, y les exhortó a que creyesen en Jesucristo Dios, si querían salvarse, y a que recibieran el bautismo. Muchos fueron en verdad los que conmovidos se hicieron aquel día cristianos; mientras otros gritaban contra él diciendo que estaba embrujado y que era un hechicero.

Furioso el Prefecto ordena nuevos tormentos para el intrépido Venancio: que le arrastren por espacio de dos horas sobre unos campos cubiertos de espinos. Su cuerpo, semidesnudo queda arañado horriblemente por unos cardos salvajes y manando sangre; pero no ha llegado aún la hora de la eternidad para Venancio.

DESPEÑADO, LO RECOGEN LOS ÁNGELES

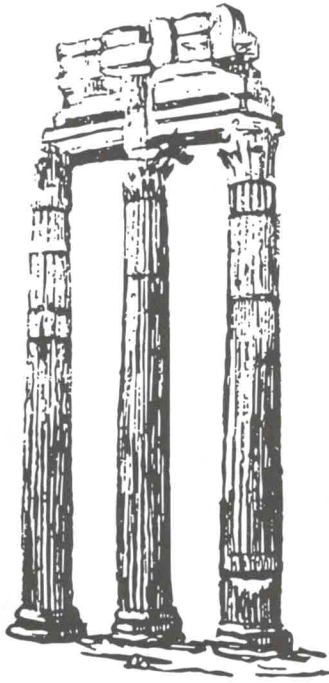
Entonces le manda precipitar rocas abajo por un abismo que hay cerca de Camerino. Mas, de nuevo los ángeles al rodar su cuerpo por el precipicio lo recogen en las palmas de sus manos, y con cuidado maternal lo colocan en el fondo del barranco, donde queda en oración largo rato.

No ceja Antíoco en su furor, y envía a buscarlo de nuevo con sus soldados. «Arrastradlo de nuevo por entre los cardos salvajes, sin compasión alguna», le dice. Así lo cumplen ellos con verdadera saña; pero cuando quedan ya rendidos y cansados de trajar aquel cuerpo inocente sobre los espinos, ven que tampo-



co llega su hora de morir ; y, admirados, se convierten, le piden perdón y se hacen cristianos.

Viendo finalmente Antíoco que continuando así, cada día crecía más y más el número de los cristianos y era mayor su descrédito y el de los dioses paganos, mandó cortarle la cabeza a él y a otros muchos a quienes este heroico muchacho Venancio, de catorce años, había convertido a la fe.



V

Marquesito, paje y novicio

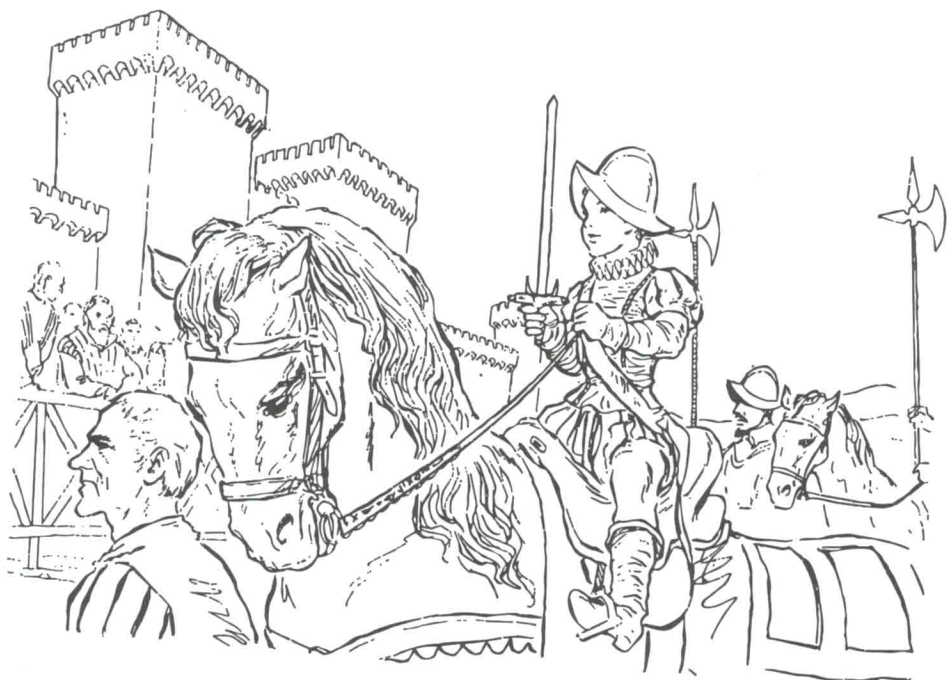
(SAN LUIS GONZAGA)

El angelical Patrón de la juventud, San Luis Gonzaga, nació en la fortaleza de Castellón de Mantua, lugar principal del Estado del Marqués de Castellón, en el Milanesado —que entonces eran dominios españoles— el día nueve de marzo del año 1568, siendo sus nobles padres don Ferrante de Gonzaga y doña Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte.

Persuadida la piadosa Marquesa de Castellón de que la primera obligación de una madre es cuidar de la educación de sus hijos, pronto tomó por su cuenta guiar los primeros pasos de Luis por el camino de la virtud.

Mas, por su parte, el Marqués don Ferrante, militar de profesión y de genio, observando el carácter vivo de su hijo, creyó ver en él aptitud especial para la carrera de las armas, y así a los cinco años le llevó a Casalmayor, cerca de Cremona, sacándole del regazo de su madre, a fin de que cobrase afición a cosas de guerra. Así le hizo unos arcabucitos y otras armas tan pequeñas que las pudiese manejar y ejercitar el niño con facilidad.

Corrían los días de la conquista de Túnez, y el Rey Católico con la confianza que tenía en don Ferrante de Gonzaga le mandaba a aquella expedición militar al frente de tres mil soldados de infantería italianos, los cuales se adiestraban en ejercicios militares. Aquel espectáculo de simulacros de batalla debía grabarse hondamente en la retina del príncipe niño, que es lo que quería su padre, el Marqués. Con toda idea, en los días que se hacía la revista militar, hacía ir a su hijo Luis delante de los escuadrones puestos en orden de batalla, con unas armas ligeras a cuestas y una pica al hombro —hecha a su medida— con tal impecable aire marcial que era el contento íntimo de su padre.



JUGANDO CON PÓLVORA, QUEMÓSE LA CARA

Pero, aquella inclinación militar no estaba libre de peligros materiales y morales para aquel niño. Así, un día queriendo cargar un arcabuz con pólvora, se quemó sin querer toda la cara. Otra vez, durante el verano, estando el Marqués durmiendo la siesta en su tienda de campaña y también durmiendo otros soldados, sin que algunos de éstos lo advirtiesen se fue a donde ellos tenían la pólvora en sus frascos o cuernos, cogió suficiente cantidad, y él a sus solas cargó un pequeño cañón que había en la muralla del castillo, apretó la carga con la escobilla (tal como lo veían hacer a los artilleros) y cuando creyó tener su travesura a punto, dióle fuego. El efecto fue instantáneo y fulminante. Un gran estampido oyóse en seguida en el campamento, con la consiguiente alarma de la tropa y de su padre, que asustado, salió de su tienda a ver qué ocurría. Pero, el susto mayor se lo llevó el mismo chico, al ver que con la fuerza del estampido poco faltó para que, al retirarse con ímpetu el carretón o cureña del cañón,



le cogiese debajo de las ruedas. Cuando su padre quiso castigarle por aquella peligrosa y temeraria aventura, los soldados que se complacían en verle tan brioso en tan temprana edad, se pusieron de por medio, y al fin con sus ruegos le libraron.

Mas, junto con la afición a las armas también habíasele pegado (del trato y conversación con los soldados) algunas palabrotas, de esas descompuestas que ellos suelen usar; y sin reparar en la malicia de esas palabras, comenzó a pronunciarlas con sus inocentes labios, hasta que un día su ayo, don Francisco el Turco, le riñó por esto. La corrección de Luis fue radical e inmediata, pues desde aquella hora nunca más se le oyó decir tales palabras; y si alguna vez las oía en labios de los demás, en seguida bajaba los ojos de vergüenza o volvía la cara a otra parte.

He aquí los dos *pecadillos* que Luis durante toda su vida lloró amargamente: quitar aquella pólvora a los soldados para cargar aquel cañón, y pronunciar aquellas palabras, cuyo significado no comprendía en tan tierna edad. ¡Delicadísima conciencia la de este maravilloso ejemplar de santidad juvenil!

DE CORTE EN CORTE

Al llegar Luis a la edad de los siete años, Dios le dio tal luz y gracia que mientras su padre cada vez le animaba más a educarse como un noble y militar, haciéndole frecuentar las más

concurridas y vistosas cortes palaciegas de entonces y alternar así con la Nobleza (con la que estaban unidos por tantos lazos), él por su parte iba cobrando de día en día una mayor repugnancia a toda esa vida mundana y vana.

Es realmente maravilloso cómo pudo conservarse intacto aquel lirio immaculado en medio de tantos peligros, pues ya desde su niñez estuvo en medio del tráfico de las Cortes: nacido y criado en la de su padre, después de muchos años en la del gran Duque de Florencia, en la del Duque de Mantua y en la del Rey de España finalmente. Obligado a tratar siempre con príncipes y



señores, paje de altas damas de la Corte, entre fiestas y devaneos, en medio de tantas ocasiones y tentaciones como fácilmente llevan consigo; y sin embargo, ¡conservando siempre pura y limpia la blanca vestidura de la inocencia bautismal!

En esto, don Ferrante tuvo que embarcar para Túnez en la famosa expedición, dejando a Luis al cuidado de su madre. A la vuelta de la campaña de Túnez, el Marqués se entretuvo más de dos años en la Corte del Rey de España; y vuelto a su Estado,

halló a su hijo Luis no tan soldado como le había dejado, pero sí mucho más devoto. Entonces pensó que si no quería ser guerrero, al menos haría que fuera un gran señor en la Corte del gran Duque de Toscana, en Florencia. Para lo cual envió a sus dos hijos, Luis y Rodolfo, a dicha ciudad.

Contaban entonces Luis nueve años de edad, y en Florencia estuvo por más de dos; en el cual tiempo estudió la lengua latina y también la toscana. En las fiestas iba a palacio, y tal vez jugaba algún juego honesto, más por obedecer a su ayo que por gusto suyo. Y refiere la Duquesa de Mantua que cuando su hermana (que después fue Reina de Francia) y ella, siendo niñas, convidaban a Luis para que jugase con ellas en el jardín o en palacio, él les decía que no le gustaban aquellos juegos, y que más disfrutaría en hacer altares u otra cosa semejante de devoción.

VOTO DE CASTIDAD

Allí empezó a crecer lozana y pujante la devoción a la Santísima Virgen. Cuando hablaba de ella parece que se derretía y deshacía de pura ternura. Ayudóle mucho a fomentar tal devoción la veneración que existe en Florencia a *Nuestra Señora de la Anunciada* (santuario famoso), y un librito del Padre Loarte, jesuita, sobre los misterios del Rosario. Leyéndolo un día le vino al pensamiento que lo más agradable a María sería imitar cuando fuera posible su virginal pureza. Y así, un día, estando ante la imagen de Nuestra Señora de la Anunciada hizo voto de perpetua castidad, siendo en esta virtud tan delicado que ya no quiso que le vistiese o desnudase su ayuda de cámara; y desde aquella edad se impuso la mortificación de no mirar jamás a la cara a mujer alguna.



Aquel acto heroico de su voto de castidad le mereció tantas gracias del cielo, que según afirman sus confesores —entre los que estaba el cardenal San Roberto Belarmino, jesuita— no sintió desde entonces el menor estímulo carnal contra la santa pureza ; lo cual, en un temperamento sanguíneo y de viveza extraordinaria como tenía él, ha de tenerse como un verdadero prodigio y singular privilegio.

Había estado Luis en Florencia más de dos años cuando su padre fue nombrado gobernador de Monferrato por el serenísimo Duque de Mantua, pariente suyo. Con dicho cargo, Luis pasó a la Corte de aquel Duque ; pero tampoco le deslumbró aquí el lujo de riquezas y placeres. Por el contrario, halló oportunidad para empezar a pensar en la renuncia del derecho al marquesado de Castellón en favor de su hermano Rodolfo ; para lo cual vino a punto una seria enfermedad que padeció Luis en los riñones y que le obligaron a someterse a una rigurosa dieta, por consejo de los médicos.

DEL MUCHO AYUNAR, DEBILITÓSELE EL ESTÓMAGO

Tan a pecho se sometió a dicho régimen alimenticio que el ayuno vino a ser en Luis connatural, de tal modo que si llegaba a comer un huevo entero en una comida —cosa que sucedía raras veces—, le parecía ya haber tenido un banquete muy espléndido. Perseveró en este ayuno tan riguroso, no sólo aquel invierno en Mantua, sino el verano siguiente en Castellón, contra el parecer ahora de los médicos y de todos los demás, no ya por salud como se pensaba, sino por devoción, como él mismo manifestó más tarde al Padre Jerónimo Plati. Así, lo que empezó por consejo médico, luego lo adoptó por devoción hasta hallarle gusto en aquel ayuno ; pero, cuanto fue de provecho para remediar su dolencia de los riñones —de la que ya no padeció más en adelante—, tanto le hizo daño para el estómago, el cual, del demasiado ayuno vino a debilitársele de suerte que, después, cuando quiso comer, ya no le digería los manjares.

Por todo ello Luis, que a los once años era de complexión más bien rolliza, vino a quedar muy enjuto y delgado de carnes



con una debilidad general de todo su organismo. Mas, por otra parte esto le dio pie para poder ausentarse de muchas fiestas y regocijos de la Corte de Mantua, so pretexto de su delicada salud; lo que aprovechaba para dedicarse más en su retiro a la oración con Dios, a la lectura de la vida de los Santos, y al estudio del latín con vistas a tomar estado eclesiástico.

LA COMUNIÓN DE MANOS DE UN SANTO

Pasado el invierno, el Marqués escribió que Luis y su hermano Rodolfo se fuesen a Castellón, para probar si con el aire natal le iba a Luis mejor que en Mantua. Allá se fueron los dos hermanos; siendo recibidos con la natural alegría sobre todo por la madre, que los añoraba ya, después de tan larga ausencia.

Por el mes de julio de 1580, siendo entonces arzobispo de Milán el Cardenal San Carlos Borromeo, al visitar la diócesis de Brescia, llegó a Castellón. Fuéle a visitar Luis; y preguntándole el santo Cardenal si ya comulgaba, al decirle



Luis que no, descubriendo la pureza de su alma y los tesoros de gracia que encerraba, no sólo le dijo que comulgase sino que le exhortó a que lo hiciese muy a menudo. Él mismo le dio la Primera Comunión, y sólo los ángeles son capaces de comprender con qué amor y devoción recibió a Jesús Sacramentado el santo niño de manos de otro Santo, tan preclaro. Después, siempre que comulgaba, empleaba tres días para prepararse y otros tres en dar gracias.

Con la plenitud de gracias eucarísticas, brotaban y crecían lozanas en su alma todas las virtudes. Notable era su caridad para con los pobres y necesitados, a quienes invitaba a ir a su



palacio y repartía raciones de comida, con gran contento de todos. Muchos exclamaban, agradecidos:

—¡Dios bendiga al bondadoso marquesito! ¡Nuestro marquesito es un ángel!

Si sabía que existía alguna discordia entre los criados de la casa, procuraba apaciguarla. Si oía a alguno blasfemar o decir malas palabras, le reprendía. Si sabía de alguno que no observaba buena conducta moral, le avisaba y procuraba su enmienda.

En cuanto a penitencias, además de sus frecuentes ayunos, se golpeaba con cordeles anudados y disciplinas hasta salpicar de sangre el techo de su cuarto. Dormía muchas veces en el duro suelo. No teniendo cilicios, se ataba un cinto cuajado de estre-

llitas de espuelas. Ni en lo más crudo del invierno se arrimaba al fuego para calentarse, ni usaba guantes en las manos a pesar de las grietas y sabañones; y algunas noches se levantaba medio desnudo y pasaba así muchas horas en oración.

AL VADEAR EL RÍO, PARTIÓSE LA CARROZA

Terminado el verano de 1580, el Marqués preocupado aún por la salud de Luis, dio orden de que partiese para Monferrato, en donde estaba él de Gobernador, para tenerle así más a su lado. En este camino corrió gran peligro la vida de Luis, al tener que cruzar a vado el río Tesino la carroza en que iban él, su ayo y Rodolfo. Sucedió que el río venía muy crecido con las muchas lluvias, y al encontrarse la carroza casi en mitad de la corriente de pronto se oyó un chasquido, quebrándose y partiéndose materialmente en dos piezas. El susto fue indecible.

La parte delantera, en que quedó Rodolfo, estaba atada a



los caballos, y así pudieron tirar de ella, no sin gran trabajo y peligro, hasta sacarla a la ribera, donde ya las otras carrozas que iban delante habían pasado.

La otra mitad, en que estaba Luis con su ayo, quedó en peor situación; pues al arrastrarla la corriente la llevó con gran furia un buen trecho, y si volcaba a cualquier lado perecería Luis ahogado. Mas, la divina Providencia quiso que se atravesase un grueso tronco de árbol que arrastraba la corriente; y, al detenerse aquel pedazo de carroza allí, dio tiempo a que un hombre, práctico en aquellos pasos, montado en un caballo por entre la corriente del río salvara a Luis; y después, en un segundo intento, a su ayo.

Estuvo Luis en Casal de Monferrato más de medio año, tiempo que él aprovechó para frecuentar los Conventos de Padres Barnabitas y Capuchinos que había en dicha población y consultarles sus cosas del espíritu. Terminado el gobierno de Monferrato de su padre, regresaron todos a Castellón.

FUEGO EN SU CAMA

Aquí le salvó de nuevo la vida la divina Providencia; pues, habiéndose acostado un día más pronto que de ordinario por dolerle fuertemente la cabeza, de pronto despertó acordándose que



no había rezado los siete Salmos penitenciales, y mandó a un criado que le trajese una vela encendida para poder rezarlos, y despidióle luego. Rezó sus Salmos, y vencido de la fuerza del dolor y del sueño, se quedó dormido sin acordarse de apagar la vela, la cual se fue consumiendo, y después prendió fuego en un lado de la cama. Al principio, creyó Luis —al despertar por el mucho calor— que tenía recia calentura; mas, creciendo el calor y el humo, que le ahogaba, saltó de la cama y abrió la puerta para llamar a algún criado.

Tan pronto puso el pie en la puerta cuando, levantándose una gran llamarada, abrasó lo que quedaba de la cama, la cual arrojaron luego por la ventana al foso los soldados que acudieron, a fin de que no se quemara la casa. Si Luis llega a tardar más, hubiera perecido abrasado.

ANTE LA «MORENETA» DE MONTSERRAT

El año 1581 la Providencia llevó a Cataluña a nuestro Santo, camino de la Corte del Rey de España. El 23 de enero se encaminó al Santuario de Montserrat. ¡Cómo latiría su corazón al penetrar en aquel templo y al oír resonar los cánticos de alabanza a la Celestial Señora! La Virgen «Moreneta» estuvo contemplando durante dos días a su amado Luis orando de rodillas ante ella.

En febrero entró en la Corte española como paje del príncipe don Diego, hijo del rey don Felipe II, aquel «en cuyos dominios nunca se ponía el sol». Parece como si Dios nuestro Señor hubiera querido mostrar a Luis a la ma-

yor parte de las Cortes de Europa para enseñar con su ejemplo que la piedad y la inocencia no son privilegio de alguna edad o estado particular. En todos esos ambientes de gran distinción



social, el pajecito Gonzaga fue el encanto y admiración de todos, por su modestia, su recogimiento, su austeridad y penitencias. Los mismos criados atisbaban a veces por el cerrojo de la puerta de su cuarto, pasmados de verle arrodillado orando largo rato o azotando sus carnes hasta manar sangre.

Estando en Madrid decidióse a entrar en la Compañía de Jesús, *al oír claramente la invitación que para ello le hizo la Santísima Virgen*, mientras él estaba arrodillado ante la imagen de Nuestra Señora del Buen Consejo, que se veneraba en el Colegio Imperial. Mas, ¿cómo lograr el permiso de su padre? He aquí la dura batalla que le aguardaba.

No hubo vocación más examinada ni mejor probada. Todos los recursos entraron en juego para apartarle de su idea de ser religioso. Lágrimas, halagos, amenazas. Lleváronle por las Cortes de los príncipes de Italia. Llamaron a personalidades para que le hablasen. Todo inútil.

«...CUANDO TENGAS 25 AÑOS»



Pora fin, un día el mismo Marqués, después de una áspera reprensión que le había hecho, le sorprendió en su cuarto azotándose sangrientamente a los pies de un Crucifijo. Atónito y enternecido a un tiempo, no menos que temeroso de resistir más tiempo a una vocación tan clara, se rindió al fin; pero ordenándole que pasase a Milán para arreglar algunas deudas que tenía contraídas la familia. Todo lo saldó Luis con maravillosa habilidad; por lo que, al regresar de Milán, le dijo su padre:

—Mucho te engañaste si creíste que yo consentiría en tu determinación. Pensarás en eso cuando tengas 25 años.

Contrariado Luis ante tan súbito cambio de su padre, con aquella ingenuidad que siempre ganaba los corazones de todos, de rodillas ante él y llorando, le importunó de esta manera :

—Padre y señor mío : yo me pongo totalmente en manos de Vucencia para que disponga de mí a su gusto ; pero yo le he de manifestar que *Jesucristo me llama* a su Compañía, y que en resistir a tal llamamiento *os oponéis a la voluntad de Dios*.

Hicieron impresión tales palabras en el corazón del Marqués ; echóle los brazos al cuello, bañóle en lágrimas y teniéndole abrazado largo rato al fin pudo exclamar :

—Hijo mío, me has abierto una herida en el corazón, que



manará sangre por mucho tiempo. Yo te amo y lo mereces. Tenía fundadas en ti todas las esperanzas de la familia ; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama a la Compañía, yo no te detengo. Ve, hijo mío, a donde te llama el Señor.

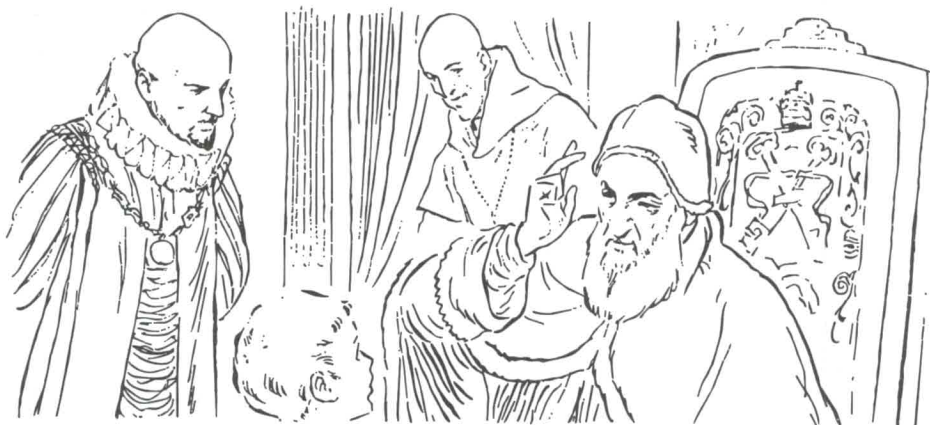
Dicho esto, retiróse el Marqués, deshecho en amargo llanto. Realmente perdía lo mejor de su casa. Don Ferrante se hallaba enfermo de gota y achacoso, entrampado en muchas deudas a

causa de su mal vicio de jugarse dinero y bienes en jugadas de azar. Rodolfo, al que traspasaba Luis el marquesado de Castellón, se comportaría luego con sus súbditos como un verdadero tirano hasta perecer asesinado, víctima de sus enemigos.

A LOS PIES DEL PAPA

Concedida ya la licencia por su padre, el 2 de noviembre de 1585, en el palacio de San Sebastián de la ciudad de Mantua se firmaba oficialmente la renuncia del marquesado de Castellón por parte de Luis en favor de su hermano Rodolfo, con gran sentimiento de muchos vasallos que habían cobrado ya mucha estima al primogénito de los Gonzaga.

Una vez libre de estos lazos materiales, Luis se despojó también de todos sus vestidos cortesanos, y se vistió aquel otro hábito clerical, sencillo y humilde, que enterneció a todos los presentes, especialmente a su padre. Después de pedirle la bendición paterna, alejóse Luis, camino de Roma, en compañía de los ilustres acompañantes. Detúvose en Ferrara para saludar a la Duquesa Margarita de Gonzaga, tía suya; y una vez en Roma fue a visitar primero al ilustrísimo Patriarca don Escipión de Gonzaga, preclaro Príncipe de la Iglesia, el cual le acompañaría en la ceremonia de su ingreso en el Noviciado de San Andrés, que los jesuitas tenían en el barrio romano de *Montecavallo*, ce-



lebraría la santa Misa y le daría la comunión de su mano ; todo esto el 25 de noviembre de 1585, cuando Luis tenía 17 años.

También visitó a los Cardenales De la Róvere, Farnesio, Alexandrino, Este y Médicis, todos ellos emparentados con la casa de los Gonzaga ; y finalmente fue recibido en audiencia por el Papa Sixto X, a quien le entregó unas cartas de su padre. El Papa, que ya tenía noticias de la heroica y tenaz vocación de Luis, le hizo muchas preguntas y en particular si había pensado bien los deberes, obligaciones y sacrificios que impone la vida religiosa ; a lo que contestó que sí, que mucho tiempo hacía que lo tenía todo bien pensado. Dióle entonces su bendición, alabando su resolución y fervor y despidiéndole con muchas muestras de amor.

MUERE SU PADRE EJEMPLARMENTE

A los dos meses y medio de su noviciado le llegó la noticia de la muerte de su padre, don Ferrante ; noticia que recibió con aflicción, pero también con santa conformidad y viendo en ello claramente la voluntad de Dios. Porque, ¿qué habría sido de la vocación religiosa de Luis, si su padre hubiera fallecido tres meses antes? ¿Hubiera podido dejarse el marquesado? Además el marqués, una vez se hizo religioso Luis, mudó de vida : dejó su afición al juego ; todas las noches hacía que delante de su cama



(en la que estaba por la enfermedad de gota) le pusiesen un crucifijo que había dejado su hijo, y allí rezaba los siete Salmos penitenciales. También hizo confesión general, y en su último trance le asistió a bien morir el Padre General de los Franciscanos, que lo era entonces fray Francisco de Gonzaga, su pariente. Mucho lograrían en todo ello las fervientes oraciones del

joven novicio Luis por el alma de su padre, de quien se había separado con tanta pena.

Durante su noviciado, Luis fue un modelo ejemplarísimo de virtud y cumplimiento de las Reglas de la Compañía. Pedía muy a menudo ir por las calles de Roma con un vestido remendado y su saco o alforja al hombro, pidiendo limosna, sin avergonzarse de ello. Mucho le gustaba también enseñar la Doctrina a los pobres y labradores. Alguno de los Cardenales o Prelados que le conocían, al verle



tan gustoso en aquellas obras de caridad, hacían parar su coche por verle y oírle.

Era tan dado a la oración, que parece que vivía en ella ; y tan arrobado y tan unido con Dios, que aseguró que todas las distracciones que había tenido en seis meses, no llegarían al tiempo de un Avemaría. Mas, para lograr esto se había esforzado en luchar mucho, a fin de no distraerse un solo momento siquiera durante una hora de meditación.

De solamente oír hablar de Dios se le encendía la cara, y cuando oraba delante del Santísimo Sacramento, que era muy frecuentemente, parecía un abrasado serafín en carne mortal.

Luego de estar medio año en Nápoles, a donde le enviaron los Superiores para aliviar un obstinado dolor de cabeza que le aquejaba, y de enviarlo también a Mantua para que devolviera la paz entre sus parientes, enemistados entre sí por pleitos familiares, empezó a cursar Teología con notable ventaja.

VÍCTIMA DE LA CARIDAD

Mas, en el año 1591 se declaró una terrible peste en Roma. Las gentes morían a millares. Luis pidió que le dejasen auxiliar a los enfermos pobres, lo que realizó con increíble heroísmo y exposición de su vida. Tanto auxilió a los apestados, que víctima de la caridad, al fin él mismo contrajo también el mal. Al darse cuenta del contagio, su alegría no tuvo límites. No obstante, resistió aún tres meses, que fueron un prolongado martirio para aquella alma que deseaba unirse con su Amado. Sosteniéndose apenas, recibió el santo Viático de rodillas; y como si tuviese revelación del día de su muerte, se puso a cantar el *Te Deum* y besando tiernísimamente el Crucifijo, entregó su angelical alma al Creador el 21 de junio de 1591, contando veintitrés años de edad.

Su piadosa madre, la Marquesa, vivió todavía lo bastante para tener el consuelo de ver a su hijo beatificado —treinta años más tarde— en 1621 por el Papa Gregorio XV. Finalmente Benedicto XIII en 1726 lo canonizó.



VI

El monaguillo crucificado

(SAN DOMINGUITO DEL VAL)

Sancho del Val era uno de los mejores vasallos de Jaime el Conquistador: ilustre y leal, inteligente y entero. Zaragozano de nacimiento, buscó para su hogar una mujer también zaragozana, con quien se unió en matrimonio en su parroquia de San Miguel de los Navarros. Aunque llevaba sangre de guerreros en sus venas, prefirió seguir la carrera de las letras: estudió latín, aprendió leyes, se hizo notario y puso su firma en las Actas de las Cortes de Aragón, al lado de las firmas de los Condes y Prelados.

Por su parte, doña Isabel Sancho, piadosísima señora, no era inferior en nobleza y cualidades a su distinguido esposo. Pero las prendas que más enaltecían a ambos consortes eran las morales del alma: su acendrada piedad y sólidas virtudes.

Bendijo Dios aquella unión matrimonial con un hijo en el año 1243, al que quisieron bautizar con el gracioso nombre de *Dominguito*, sin duda por la gran devoción que su padre profesaba a Santo Domingo de Guzmán —recién canonizado por el Papa Gregorio IX en el año 1234, es decir nueve años antes—, el cual era Patrón de la Cofradía de Notarios de Zaragoza.

Mas, al abrazar la madre a su recién nacido quedó maravillada y sorprendida al reconocer los instrumentos de la Pasión del Salvador. Una cruz roja se destacaba sobre los jazmines de su carne infantil; una cinta de carmín se ocultaba bajo la corona de oro de sus cabellos.

Esto y las piadosas inclinaciones que descubrían en el tierno infante, indujeron sin duda a don Sancho y a doña Isabel a



consagrar a Dios el fruto de su matrimonio, y es tradición que, al llegar Dominguito a la edad de seis años, pusiéronle a servir en la Iglesia Catedral de la Seo, entre los infantes o monaguillos de coro.

Sobresalía entre sus compañeritos por su modesta compostura y su angelical piedad. De tal modo se lo había tomado en serio, que estaba contentísimo de servir al altar, con un espíritu y fervor dignos del joven Samuel. Ayudaba a Misa con la gracia con que hubiera podido

ayudar San Juan Evangelista. Cuando en las procesiones llevaba los cirios, se decía que la verdadera luz brillaba en su frente. Cuando tocaba la campanilla, parecía como si hubiera aprendido a tocarla en la misma Gloria.

ELEVARÍA SU CORAZONCITO AL CIELO

Pero, su placer más grande era cantar en el coro, alabar a Dios con aquella voz tan fresca, tan dulce, tan inocente que parecía traer en las alas blancas de sus vibraciones ecos y añoranzas de un mundo donde no existe el pecado. Tan pronto mezclaba su voz angelical en los cantos a la Reina de los cielos, como balanceaba el incensario delante del altar, como presentaba el agua y el vino para el santo sacrificio de la Misa. En aquellos momentos en que veía inmolarse al divino Crucificado del Calvario, levantaría su corazoncito al cielo, uniéndolo al fragante olor del incienso, gozoso de ofrecer al Señor este interior sacrificio hasta tanto que pudiese ofrendarle todo su cuerpo como hostia viva.

Los ratos que le quedaban libres, Dominguito bajaba al claustro y allí (a la sombra de las arcadas o entre los arbustos del jardín capítular) charlaba, jugaba y corría con sus compa-

ñeritos de coro, hasta que llegaba el capiscol o el maestro de canto para llamarles a las tareas cotidianas.

Era entonces la hora del estudio. Dominguito se esforzaba por retener en su memoria los Salmos; aprendía a leer, a contar, a escribir; empezaba a desbrozar las primeras dificultades de la gramática latina, y se esforzaba con particular deleite en la música de la Iglesia. Esta era su vida, mañana y tarde.



CADA DÍA PASABA POR EL BARRIO JUDÍO

Todo un barrio entero de Zaragoza ocupaban entonces los judíos, cuyo número era muy considerable. Dominguito conocía bien aquellas calles de la Verónica, de los Callizos, de la Sartén, del Cíngulo, de los Graneros, habitadas por muchos judíos. Como le resultaba el camino más corto entre la Seo y su casa, Dominguito solía pasar cada día por ese barrio, entonando en medio del silencio de la noche cantos de alabanza a la Madre de Dios y a los Santos. Aquello podía significar un desafío, y así lo tomaron efectivamente los habitantes del barrio. Por las estrechas ventanas asomaban caras con aire de curiosidad y creciente irritación.

En esto, un día sonó la hora trágica para el inocente y descuidado monaguillo. Por aquellos mismos años escribía el rey Alfonso el Sabio: «Oímos decir que los judíos hicieron y hacen el día de Viernes Santo memoria de la Pasión de Nuestro Señor, robando niños y poniéndolos en la cruz; o haciendo imágenes de cera y crucificándolas, cuando no pueden hacerse con niños».

Precisamente por aquel entonces la Aljama o sinagoga de

los judíos había publicado «que el que le presentare un niño cristiano lo eximiría de las penas y tributos».

No faltó en seguida el voluntario que se prestara al criminal secuestro. Era un miércoles (31 de agosto de 1250), al oscurecer, cuando Moisés Albayucet —que llevaba varios días espiando y al acecho— apostado en una esquina junto con otros



cómplices suyos, al ver pasar a Dominguito como de costumbre, cantando, por aquellas callejas, se le abalanzó encima cubriéndole en el acto con un gran lienzo y arrastrándolo, con su mano que le oprimía el cuello, hacia donde aguardaban sus cómplices. Era inútil toda resistencia. Tapáronle la boca, vendáronle con un pañuelo los ojos, y a las pocas horas se hallaba ante una numerosa reunión de personas.

PENSÓ EN LA CRUZ DE SU CUERPO

Al principio, el niño lloró todo lo que puede llorar un niño en estos casos. «Jesús, Jesús» y «Madre mía» eran sus angustiosas exclamaciones. Después pensó en la cruz de su cuerpo y en la del escudo de su casa paterna, y ofreció generosamente a Jesucristo su vida.

Ahora empezaba la trágica escena. Las Actas del martirio lo describen con estas sobrias palabras: «Arrimáronle a una pared, renovando furiosos en él la Pasión del Divino Redentor; crucificáronle, horadando con algunos clavos sus manos y pies; abriéronle el costado con una lanza, y cuando hubo expirado, para que no se descubriese tan enorme maldad, lo envolvieron y ataron a un lío, y lo enterraron en la orilla del Ebro en el silencio de la noche».

ANGUSTIA EN LA CASA PATERNA

Las manos y la cabeza del martirizado niño se las quedó Albayucet, como trofeo de su hazaña, regalando el tronco a los otros cómplices suyos. Temeroso de la justicia, Albayucet echó las manos y la cabeza en el pozo de la misma casa donde se había consumado el sacrificio. Los otros se llevaron el tronco en un saco afuera de la ciudad, en la confluencia del río Huerva con el Ebro.

—Al río, al río —decían para sí, mirando en torno suyo para no ser descubiertos—. ¡Que la corriente del agua se lo lleve para que nadie se entere!

Mas, Dios velaba por la gloria de aquel angelito crucificado. Las noches siguientes, llantos en casa del Notario don Sancho, angustia, inquietud en toda la ciudad; y en un patio del barrio judío, junto a un pozo profundo, un perrazo negro que no cesaba de lanzar ladridos. Era el perro del Notario don Sancho. Sólo él podía hacerle callar. Entonces hicieron vaciar el pozo, y en el fondo aparecieron las dos manitas taladradas y la cabeza coronada de espinas.

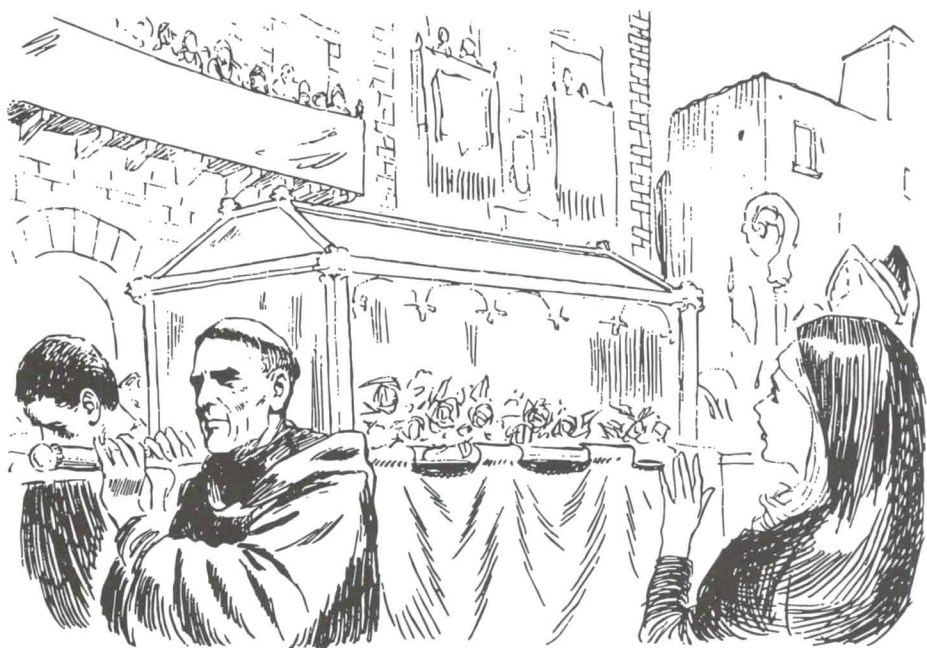
LA LUZ MISTERIOSA EN EL RÍO

Después, unos pescadores que cruzaban el río Ebro vieron una luz misteriosa; se acercaron a ella, y en medio de aquellos resplandores sacaron el cuerpo magullado, truncado y agujereado por las navajas y puñales. Todo estaba descubierto.



La ciudad entera se conmovió ante tales prodigiosos hallazgos. Nada digamos de los apenadísimos padres, los cuales reconocieron en aquellos mutilados miembros al amado hijo que habían perdido, y se acordaron de aquellas misteriosas señales en el cuerpo recién nacido de Dominguito, entendiendo ahora bien su significado. Mas ahora estaban cristianamente resignados, y aun gozosos, por haber tenido la gloria de tener un hijo mártir.

El Obispo de Zaragoza, don Arnaldo de Peralta, presidió la solemne procesión que llevaba las preciosas reliquias del niño mártir desde la iglesia de San Gil a la Catedral, donde aún hoy día se conservan en una capilla a la derecha en una urna de alabastro, recubierta de cristal. Desde allí derrama sus favores y milagros, como patrón de los escolares y especialmente de los monaguillos. Y uno de los primeros milagros que obró fue la conversión a la fe cristiana de su principal verdugo: Moisés Albayucet. Éste veía siempre, aun en sueños, la mirada del niño



muerto, la cual cada vez se le ahondaba más en su imaginación, hasta que al fin confesó públicamente su culpa y se arrepintió de su pecado; y una vez instruido en la Fe cristiana, fue bautizado.

INDICE

	Págs.
Presentación	5
I. El santito de chaqueta y pantalón: SANTO DOMINGO SAVIO	7
II. El acólito mártir de la Eucaristía: SAN TARSICIO.	23
III. El lirio de Polonia: S. ESTANISLAO DE KOSTKA	37
IV. Vencedor de los tormentos: SAN VENANCIO	55
V. Marquesito, paje y novicio: SAN LUIS GONZAGA.	61
VI. El monaguillo crucificado: SANTO DOMINGUITO DEL VAL	79